

pultado en la prioría de Bek. Por esto Juan, citado ante el tribunal de los Pares de Francia para justificarse de semejante asesinato, se refugió en Inglaterra en lugar de comparecer, y fué por sentencia del tribunal del rey condenado y desheredado de todo cuanto había en la corona de Francia. El capellán de Felipe Augusto, Guillermo *el Bretón*, reconstituye la escena del crimen como si la hubiera visto: «Juan llamó secretamente á su lado á sus más leales servidores, excitándoles con la promesa de presentes ricos á buscar algún medio de hacer perecer á su sobrino. Niéganse todos á mancharse con tan grande crimen. Abandona Juan bruscamente su corte y sus fieles y se ausenta durante tres días, retirándose al valle donde está el pequeño pueblecito llamado Moulineaux. Desde allí, llegada la cuarta noche y en medio de las tinieblas, toma Juan una barca y atraviesa el río. Llega á Ruán delante de la poterna que conduce á la gran torre, sobre el puerto que el Sena inunda dos veces por día en la marea. En pie sobre lo alto de la barca, ordena que su sobrino le sea conducido por un paje; después lo toma con él en la barca, se aleja un poco, y finalmente desaparece por completo de la ribera. El desdichado niño, comprendiendo que su última hora es llegada, se abraza á las rodillas del rey, gritando: «¡Tío mío, ten piedad de tu sobrino! ¡Oh tío, oh buen tío! ¡Perdóname, perdona á tu sobrino! ¡Perdona á tu sangre! ¡Perdona al hijo de tu hermano!» ¡Van las lamentaciones! El tirano le coge por los cabellos, le hunde la espada hasta el puño en el vientre, y retirándola húmeda de aquella sangre preciosa, se la hunde de nuevo en la cabeza, partiéndole las sienes. Consumado el asesinato, vuelve á alejarse y arroja el cuerpo inanimado á las olas que ruedan á sus pies.» Cuadro de fantasía en que el cronista poeta reprodujo á su manera lo que se decía en el palacio de los Capetos sobre el misterio de la torre de Ruán.

El asesinato de Arturo tuvo el resultado ordinario de los grandes crímenes políticos. Volvióse contra su autor. Ya la Bretaña, Anjou, el Maine, la Turena y una parte del Poitou estaban en poder del rey de Francia ó de sus aliados; la fidelidad de Normandía comenzó á debilitarse. Era para Felipe Augusto el momento de los golpes decisivos.

III.—La toma de Chateau-Gaillard y de la Normandía. La anexión de los países aquitanos (1)

La toma de Chateau-Gaillard era para los franceses el único medio de abrirse las puertas de Ruán. Pero ya hemos dicho que el arte y la naturaleza la habían hecho inaccesible y que dicho castillo era el centro de una serie de fortificaciones concebidas y levantadas por un ingeniero de primera fuerza. Por consiguiente, el sitio

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Chéruel, *Histoire de Rouen depuis l'époque communale*, 1843. Poignant, *Histoire de la conquête de la Normandie par Philippe-Auguste en 1204*, 1855. Leopoldo Delisle, introducción al *Catal. des actes de Philippe-Auguste*, 1856. De Fréville, *Rouen et son commerce maritime depuis Rollon jusqu'à la prise de la ville par Philippe-Auguste*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», tomo VI. Boissonnade, *Quomodo comites Engolismenses erga reges Angliae et Francia se gesserint*, 1893. Dessalles, *Histoire du Périgord*, 1883-1885. Fabre, *Histoire de la ville de Niort*, 1880. Chilhaud-Dumaine, *Savari de Mauldon*, en las «Positions des thèses des élèves de l'Ecole des Chartes», 1877.

duró ocho meses (septiembre 1203-abril 1204) y fué uno de los más estupendos hechos militares de la Edad media.

Fué necesario apoderarse ante todo del fuerte avanzado de Boutavant, el islote fortificado que dividía el Sena, y el pequeño Andeli, protegido también de una muralla: romper en seguida una sólida palizada construída para contener el río, construir un puente de barcas, y por último, defenderlo con dos torres del lado del enemigo. Terminados estos trabajos preliminares y ya el ejército francés en la orilla derecha del río, Felipe Augusto instaló su campamento en lo alto de la colina que domina Roche-Gaillard y comunica directamente con ella por una lengua de tierra. Hizo abrir varias líneas de zanjas y fosos de circunvalación, engarzados de gran número de pequeños castillos de madera, entre los cuales velaban día y noche centinelas apostados.

Defendía la fortaleza, así bloqueada, un hombre enérgico, Roger de Lascy, con un pequeño grupo de caballeros escogidos. Durante todo el invierno permanecieron los sitiadores en sus campamentos: esperaban los efectos de la postración y el hambre. Arrojadados de su ciudad los habitantes de Petit-Andeli, se vieron obligados á refugiarse tras las murallas del castillo; pero comenzando á escasear los víveres, Roger de Lascy se vió obligado á expulsarles, en número de quinientos entre viejos, mujeres y niños, conservando sólo á los hombres útiles para la defensa al lado suyo. Los franceses les acribillaron á flechazos, lo que les obligó á retrogradar nuevamente al castillo, donde se les negó la entrada. Reducidos á vagar por el estrecho espacio que separaba el muro inglés del campo francés, habrían perecido todos sin remedio si el rey de Francia no hubiese concluído permitiéndoles el franquear sus líneas.

Guillermo *el Bretón* no deja de hacer notar á esta sazón la caridad del rey francés y agota sobre este episodio todos los colores y recursos de su retórica. «Sucedió que una mujer dió á luz un niño: todavía húmedo de la sangre de su madre, fué despedazado por las manos de los hombres, y apenas salido del seno que lo había engendrado, volvió á entrar en el vientre de aquella turba de hambrientos. Una gallina que volaba y vino á caer entre ellos, fué rápidamente cazada y devorada, con sus plumas, sus huesos y un huevo que caliente todavía llevaba en las entrañas. Todo lo que cede bajo los dientes entra en los estómagos. Llegaron á alimentarse de la carne de los perros.»

Mientras tanto los sitiados, que estaban á ración, tenían todavía víveres para tiempo; Felipe se decidió á atacarles (febrero de 1204).

Practicase una calzada para aplanar el terreno hasta el foso de la primera torre, situada en el ángulo del castillo, y se arrastran hasta allí las torres rodadas, las catapultas y todos los instrumentos de guerra en uso entonces. Luego se procede á colmar el foso abierto en la roca, de ocho metros de profundidad y diez de ancho. Los fundamentos de la primera torre atacados por los mineros acaban por ser mellados é incendiados. La torre se desploma; los franceses se hacen dueños de la primera muralla. Pero se encuentran frente á una segunda fortaleza, guarnecida igualmente de fosos y de torres. Felizmente un soldado, de nombre Bogis, halla el medio de penetrar en el segundo recinto por las cloacas de

una fortificación adosada á la muralla y de introducir así á sus compañeros. Los sitiados incendian esta fortificación para detenerles, pero el fuego les obliga á ellos mismos á refugiarse en el tercer recinto que dominaba el torreón. La tercera muralla, minada y atacada por las máquinas de tiro, cede igualmente por fin, y los de Francia hacen su entrada por la brecha. Roger de Lascy, con los ciento ochenta soldados que le quedaban, no tuvo tiempo de refugiarse en el torreón desde donde hacer una postrera resistencia. Todos los sitiados fueron prendidos ó muertos (6 marzo).

Abierta la Normandía, iba á ser conquistada en dos meses.

Mientras, por el Este, se dirigía el rey sobre Caen y Falaise (2 de mayo), su aliado Guido de Thouars, á la cabeza de los nobles bretones, atacando por el Oeste, incendiaba Mont-Saint-Michel y saqueaba Avranches y Pontorson. Ambos ejércitos se reunieron bajo los muros de Caen. Castillos y ciudades capitulaban unos tras otros sin resistencia. Los burgueses hacíanse confirmar sus privilegios; los castellanos estipulábanse por sí mismos algunas ventajas; Felipe Augusto prometía siempre y no tenía más trabajo que recibir las llaves que se le entregaban. Juan *Sin Tierra* no se cuidó de defender la Normandía más que de proteger Chateau-Gaillard. Refugiado en Inglaterra, se había limitado á enviar á las principales plazas normandas turbas de aventureros á las órdenes de un émulo de Mercadier, el Pescaire. Estos mercenarios se apresuraron á entregarlo todo á Felipe Augusto. Pasáronse del servicio de Juan al del rey de Francia, que pagaba mejor ó con más regularidad por lo menos.

Toda resistencia se concentró en Ruán. Los burgueses habían recibido de los reyes de Inglaterra tales privilegios que gozaban de una casi completa independencia. Eran los verdaderos reyes del país, rodeados de un cinturón de pequeños municipios sobre los que ejercían una especie de protectorado. Sus relaciones comerciales é industriales eran casi siempre con Inglaterra. París y todo el valle alto y medio del Sena les estaban cerrados por la competencia de los armadores parisienses protegidos del rey de Francia. El cambio de dueño sólo había de producirles desventajas. Defendían, pues, su honra y su provecho. Con las plazas fuertes de Verneuil y de Arques habían formado una confederación que se resistió cuarenta días. Al finalizar éstos, pidieron á Felipe una tregua de un mes, prometiendo capitular si en el intervalo Juan no había tratado la paz ú obligado á levantar el sitio. «Imposible socorrerlos en el espacio querido, respondió Juan á los enviados normandos; haced lo que mejor os parezca.» Y volvió tranquilamente á su partida de ajedrez.

Ruán se rindió antes de expirar la tregua (24 de junio de 1204). Los burgueses obtuvieron la confirmación de sus privilegios, pero tuvieron que demoler por sí mismos sus murallas y arrasar la antigua fortaleza. Felipe construyó otra en diferente sitio. Normandía volvía á ser del dominio de los reyes de Francia después de haberseles conservado forastera durante tres siglos.

La decisión, la rapidez y la energía de Felipe Augusto causaron maravilla: pero su dinero, sobre todo, se ponderaba como la mejor de las armas. Había logrado corromper la mayor parte de altos funcionarios del du-

cado: el senescal Guerin de Glapión, el condestable Guillermo de Hommet y aun el capitán encargado de la defensa de Ruán, Pedro de Préaux. En una especie de manifiesto dirigido á los castellanos y á los habitantes de las ciudades empleó á la vez el razonamiento y la amenaza: «Habiéndoles abandonado su señor directo Juan *Sin Tierra*, él, el rey de Francia, pasaba á ser el alto señor, *principalis dominum*, que nueva y legalmente tomaba posesión del feudo. Rogábase, pues, en amistad que le recibieran como á soberano, ya que no tenían otro señor. Si decidían resistirse, encontrarían en él un enemigo decidido á hacerles prender y desollar vivos.» Plumas fieles á la causa de los Capetos escribían entonces que Felipe Augusto era algo más que soberano de derecho para Normandía. En realidad era el único heredero de Rollón, el primer duque normando, porque era hijo de Adela de Champaña, que descendía por su padre Thibaut de Guillermo *el Conquistador*. Más tarde, bajo el reinado de Luis VIII, se dirá que el rey de Francia poseía legítimamente el ducado, por ser el marido de Blanca de Castilla, sobrina de Ricardo *Corazón de León*. Era preciso encontrar razones genealógicas para ilusionar á los normandos y evitar que echaran de menos la antigua dinastía.

Algunos cronistas ingleses y aun normandos trataron de justificar la inercia del rey de Inglaterra, que así se dejaba despojar sin resistencia. Si hubiera permanecido en el ducado, sus enemigos particulares y los barones comprados por Felipe Augusto, se hubieran apoderado de su persona y lo habrían entregado al rey de Francia. ¿Cómo maniobrar en un país en que las sublevaciones y las traiciones amenazaban su seguridad? Ciertamente es que después del asesinato de Arturo y de la impresión que causó en todas partes la toma de Chateau-Gaillard, Juan podía esperar á cada momento un golpe de mano. Sabía además que su gobierno no se hacía simpático. La Normandía estaba estragada por las insesantes demandas de dinero: de allí debieron salir, como de los ingleses, las enormes sumas del rescate de Ricardo y de sus guerras con Felipe Augusto, sin contar los gastos que se habían hecho para la construcción de Chateau-Gaillard. El tesoro del canciller en Caen se había agotado. La Normandía había llegado á ser incapaz de satisfacerse á sí misma y era preciso pagar los gastos del ducado con el dinero de los ingleses (1). Finalmente Juan, en 1204, no tenía ningún aliado. El conde de Flandes estaba en la cruzada. El conde de Boulogne, Renato de Dammartin, había sido comprado por Felipe, que le cedía parte de los beneficios de la conquista. Igual alianza había establecido el rey francés con el duque de Lovain y otros señores de la región belga, haciéndoles entrever la perspectiva de desembarcar en Inglaterra.

La única tentativa hecha para salvar al rey de Inglaterra ó, por lo menos, detener al conquistador, partió como siempre del papa Inocencio III. En el momento en que Felipe entraba en Chateau-Gaillard, el papa encargaba á su legado, el abad Casamari, y al arzobispo de Bourges, que procedieran á una investigación para saber si las injurias que Juan *Sin Tierra* hacía valer con-

(1) Un documento financiero, citado por M. L. Delisle, demuestra que el año mismo de la conquista, en los comienzos de 1204, fué enviada desde Inglaterra á Normandía una suma de seis millones.

tra Felipe eran legítimas; pero Felipe, sin inmutarse, continuó en su conquista. Cuando tocaba á su término, el legado convocó concilio en Meaux (7 de agosto de 1204), imaginando tal vez que los beligerantes se pondrían en sus manos. El mismo Juan *Sin Tierra* comprendió tan bien la inutilidad de todas estas formalidades, que ni siquiera se tomó el trabajo de hacerse representar por un procurador. Felipe Augusto había dictado ya su consigna á los obispos, por manera que éstos, en vez de apoyar al legado, le obligaron á desistir de sus proyectos. Apelaron del legado al papa, con lo que llevaron la discusión á Roma. Inocencio III debió reconocer que los caballeros, los arqueros y las máquinas de guerra eran los únicos jueces en tal causa.

Cuando Juan *Sin Tierra* quiso reconquistar la Normandía, tropezó en Inglaterra con la mala voluntad de los barones y del alto clero, representados por Guillermo *el Mariscal* y el obispo de Cantorbery. Inglaterra juzgaba tal vez que la pérdida de las provincias francesas era más bien favorable que perjudicial á los intereses políticos y materiales. «El rey Juan, cuenta el cronista Mathieu de París, dióse á despojar á los ingleses bajo pretexto de que no querían seguirle para ayudarle á reconquistar su herencia perdida.» No era un pretexto, como dice el cronista, sino la verdad misma. Toda la conducta del arzobispo, jefe del gobierno ante el rey, es una demostración de ello. En cuanto á Guillermo *el Mariscal*, como muchos de los nobles sus compatriotas, poseía grandes propiedades en Normandía, y su primer paso para no exponerse á perderlas, fué rendir homenaje al rey de Francia. «Ya sé, le dijo el rey Juan, que os habéis hecho vasallo del rey de Francia contra mí y en mi daño.—Señor, respondió *el Mariscal*, quien tal os haya dicho ha mentido: nada he hecho contra vos y lo que he hecho ha sido según vos: vos mismo me aconsejasteis que prestara homenaje al rey de Francia antes que soportar la pérdida de mis tierras.—Por Dios, os aseguro, respondió el rey, que nunca tal cosa he dicho: os desmiento desde luego y quiero conocer el juicio de mis barones.—No me opongo á semejante juicio, señor: bien al contrario, lo deseo: porque jamás he sido desleal, y sería defenderme torpemente rechazar un leal juicio.» A consecuencia de esto *el Mariscal* fué por largo tiempo mal visto del rey, sin haber dado el menor motivo para ello.

«Cuando Juan *Sin Tierra* le ordenó venir en su seguimiento al Poitou, para reconquistar su herencia contra el rey de Francia, excusóse *el Mariscal* y dijo: «¡Ah, señor, otorgadme gracia! Lo que me pedís fuera mal obrar porque soy su vasallo.—Ya habéis oído, señores, dijo el rey; no desmentirá sus propias palabras: ved que su obra se manifiesta desde el momento en que se confiesa vasallo del rey de Francia y se niega á seguirme.—Señor, jamás he dicho falsedad, y no hay hombre tan esforzado en vuestra tierra contra el que no esté pronto á decir si se atreve á declarar que me he portado con vos deslealmente.—¡Por los dientes de Dios! Lo que acabáis de gritar no significa nada: lo que yo quiero es un juicio formulado por mis barones.—No me niego al juicio ni me he negado nunca, y estoy dispuesto á escucharlo.» Entonces levantó la cabeza, y poniendo un dedo en su frente, dijo: «¡Señores, contempladme! Para todos vosotros soy ejemplo. Prestad atención á la con-

ducta del rey: lo que piensa hacer conmigo, lo hará mañana con vosotros, y cosa peor si puede.» El rey se irritó en gran manera y juró que quería conocer el juicio de los barones presentes. Estos se contemplaron unos á otros y retrocedieron unos pasos. «Basta, dijo el rey. ¡Por los dientes de Dios, veo bien claro que ninguno de mis barones está conmigo!»

Desde que Juan había comenzado á preparar el desquite, le hacían presente sus consejeros el inmenso poder de Felipe Augusto: no podían echarse cuentas sobre la fidelidad de los nobles del Poitou ni la Gascuña; y además los aliados del rey de Francia comenzaban á amenazar con una invasión en Inglaterra. Juan *Sin Tierra* decidió, por consiguiente, dirigirse á la Rochela para defender sus posesiones de la Saintonge: pero ya era tarde. La Aquitania se le escapaba como la Normandía.

En el Poitou había obrado con extraordinaria rapidez Felipe Augusto (1204-1205). Apoyado en Anjou y la Turena por Guillermo de Roches, vuelto á su dignidad de senescal con poderes extraordinarios, conducido á Poitou por Aimeri de Thouars, y sostenido por barones influyentes de quienes había hecho pensionarios suyos, Helio, conde de Perigord, Godofredo Martel y Raúl de Exoudún, fué su empresa un paseo militar más que una campaña. El 10 de agosto de 1204 entraba en Poitiers, y la Saintonge entera, excepto la Rochela, se le sometía. No topó con resistencia seria más que en dos puntos, Chinón y Loches, fortalezas tenidas por inexpugnables. Los lugartenientes de Juan *Sin Tierra* cumplieron en ellas con su deber como Lascy en Chateau-Gaillard. Huberto de Bourgh en Chinón y Girard de Athis en Loches se resistieron doce meses. Cuando estos dos castillos, poco menos que arruinados por el sitio, cayeron en poder de Felipe Augusto, todo el país en torno suyo era francés (verano de 1205).

En Aquitania, como en Normandía, el espíritu de sedición se hizo contagioso. La condesa de Angulema, la villa libre de Perigueux, la abadía de Saint-Maixent, los burgueses de Niort y el obispo de Limoges se rinden uno tras otro. Prodigia Felipe el dinero y la tierra á los nobles, los privilegios á los conventos y las villas. Confirma las libertades adquiridas y deja á los grandes señores indígenas que han combatido por él en el uso y ejercicio de su poderío feudal. De esta manera amaña la transición de la independencia del señor al dominio del rey. Juan *Sin Tierra*, que para nada interviene, no solamente queda vencido y despojado, sino anulado moralmente. Un trovador, el hijo de Bertrán de Born, canta: «Haré un serventesio picante, que entregaré como presente al rey Juan, el rey sin vergüenza. Es cierto, sin embargo, que debería avergonzarse, pensando en sus abuelos, ese rey que dejó Poitiers y Tours al rey Felipe sin reclamárselos siquiera. Por eso toda Aquitania echa de menos al rey Ricardo, que por defenderse no temía derramar el oro y el dinero. Pero este de ahora no se preocupa. Sólo ama los juegos de caza, los bracos, los galgos, los azores. Allá abajo vive á despecho del honor y se deja desheredar en vida.

La propia Bretaña iba á ser arrastrada. Los bretones habían perdido sucesivamente su condesa Constanza y su joven conde Arturo; de la familia sobrevivía únicamente Eleonora, hermana de Arturo, á quien Juan *Sin Tierra* retenía como en rehenes en Inglaterra. Guido

de Thouars, el señor del Poitou, con quien había contraído segundo matrimonio Constanza, era un extranjero para los bretones y un aliado poco seguro para el rey de Francia. Felipe quiso reducirle á la condición de oficial vasallo, demostrándole que era él el soberano de los bretones. En la primavera de 1206 el rey de Francia, con su hijo Luis, Guillermo de Roches y un ejército poderoso, se dirige por Angers y Chantocé hacia las bocas del Loira. Nantes no espera que la conquisten; se entrega: los habitantes ofrecen al conquistador las propias llaves de la ciudad. Un cronista afirma que el rey de Francia llegó hasta Rennes. Hay una carta de la iglesia de Nantes con fecha del año 1206, «el mismo año, dice su autor, en que el señor rey de Francia, Felipe, tenía en sus manos toda la Bretaña.» Parece que Felipe Augusto dispone del territorio bretón. Distribuye á Mauricio de Craón la Garnache y Ploermel, á Andrés de Vitre las rentas de Guerande, á Guido de Thouars la Cornouaille y el país de Vannes. Se acuñan monedas con el nombre de Felipe Augusto en Nantes, Rennes y Guingamp. Una de ellas lleva escrito en el anverso *Philippus rex* y el reverso *Dux Britannie*. Era la primera vez, desde la fundación de la dinastía, en que un rey de Francia se consideraba soberano de derecho y hecho en las orillas del Atlántico entre los bretones.

No obstante, era difícil que la obra de Guillermo *el Conquistador* y de Enrique II se deshiciera blandamente en el espacio de tres años, sin suscitar siquiera un movimiento de resistencia ó represalia. La Normandía, tan pronto conquistada, no se resignó con igual rapidez á su nueva condición. Tenía motivos para echar de menos el pasado. Juan *Sin Tierra* trató á los burgueses de Caen y de Ruán como enemigos, confiscó sus mercancías y les cerró los puertos de Inglaterra y el Hanse de Londres. Guillermo *el Bretón* llega á confesar expresamente que los normandos estaban descontentos: «Se indignaron, dice, por largo tiempo de llevar sobre sus cuellos el yugo de Felipe, suave sin embargo (*mite jugum*), y no supieron renunciar al recuerdo de sus primeros dueños.»

La dominación francesa no fué, con todo, tan dulce si hemos de atender á algunos cronistas de Inglaterra y de Normandía. Uno afirma que Felipe arrebató á los monasterios normandos todo el dinero que pudo: que no tuvo para los de Normandía honores ni riquezas y que todos los cargos fueron conferidos á franceses. Otro cuenta que parte de los normandos se quejaba desde 1205 á Juan *Sin Tierra* de la tiranía de Felipe, invitándole á volver á sus dominios. Lo cierto es que en 1207 el rey de Francia apareció en Ruán con un numeroso ejército, «que no encontró resistencia sin embargo,» y que impuso y multó á los nobles en suma considerable. Los de Dieppe, por el mismo tiempo, enviaban su milicia á combatir con Juan *Sin Tierra* en el Poitou. Pero aquí, como siempre, el tiempo hará su obra y el estado de cosas creado por la violencia se irá consolidando poco á poco.

En cuanto á la voluble Aquitania, no podía Felipe Augusto contar seguramente sobre su sumisión. Conservaba Chinón y Loches y tenía preboste suyo en Poitiers. Guillermo de Roches, cuya bien pagada fidelidad permaneció inquebrantable, mantuvo Anjou y la Turena. Pero el senescal de Poitou, Aimeri de Thouars, en

complicidad con su hermano Guido y Savari de Mauleón, se sublevó desde 1206. La insurrección cundió rápidamente por los países del Poitou y la Saintonge. Por entonces desembarcó Juan *Sin Tierra* en la Rochela, reconquistó parte del Poitou y llegó á poner un pie en la Bretaña, sorprendiendo á Angers. Pronto acudió Felipe con Guillermo de Roches. No se atrevió Juan á correr los riesgos de una batalla, abandonó Angers y se encerró en Thouars; Felipe le sitió; pero la plaza, enérgicamente defendida, resistió á todos los esfuerzos de los franceses.

Este sitio inspiró á un trovador del Poitou, partidario del vizconde de Thouars y de Juan *Sin Tierra*: «Vergüenza mortal sería para este siglo, dice el poeta, que el rey llegara á hacerse dueño de Thouars... Savari de Mauleón, buen caballero de Aquitania, si en este extremo no faltas, nuestros esfuerzos se malogran para siempre. En cuanto á vos, senescal del Maine y de Anjou, no olvidéis que ya Turena tiene senescal y no sois vos (alusión á Guillermo de Roches y á cierta medida recientemente tomada por Felipe, menguando un poco los exorbitantes poderes del gran señor angevino). Vosotros, señores bachilleres, que amáis lealtad y proezas, cuando marchabais á guerrear, Thouars era vuestra fortaleza. No permita Dios que volváis á llevar jamás empresas ó cintas de amor, si en trance como este dejáis á Thouars en olvido (1).»

Viendo casi todo el Poitou sublevado en favor del enemigo, resignóse Felipe á firmar con éste una tregua de dos años (26 de octubre). El rey de Inglaterra manifestaba en ella no reivindicar nada del territorio que comprenden Normandía, el Maine, Bretaña, la Turena y Anjou, es decir, toda la parte de la Francia del Oeste situada al Norte del Loira. Parecía, pues, reconocer implícitamente las conquistas de Felipe. Entre el número de los aliados del rey de Francia comprendidos en la tregua figuran el rey de Castilla, Alfonso VIII, que por entonces disputaba la Gascuña á Juan *Sin Tierra* y aun había osado poner sitio á Burdeos. Juan, cogido por Norte y Sur entre dos enemigos que se ayudaban, se apresuró, firmada la tregua, á regresar á Inglaterra.

El armisticio de los dos años duró seis meses únicamente. En 1207 Felipe, decidiéndose á romperlo, atraviesa el Loira, arrebató las tierras del vizconde de Thouars y toma el castillo de Parthenai. En 1208 su mariscal, Enrique Clement, y su senescal, Guillermo de Roches, libran batalla al vizconde de Thouars y á Savari de Mauleón, quedando vencedores. El hermano y el hijo de Aimeri, prisioneros, son enviados á París, donde habrán de sufrir largo cautiverio, con lo que los feudales del Poitou se resignan á permanecer tranquilos. Esta vez un tratado de paz consagró el hecho consumado.

El imperio continental de los Plantagenet pertenecía á la historia. La división de Francia entre dos monarquías rivales; la casa real de Ruán y Angers opuesta á la de París; las provincias del Oeste unidas á una nacionalidad extranjera; dos organismos políticos colocados de lado y en competencia dentro de un país, manifestamente inclinado á la unidad: todas estas antino-

(1) *Recueil des chants historiques de la France*, publicado por Leroux de Lincy, tomo I, página 149.

mias desaparecían para siempre. Hoy los historiadores británicos se felicitan (1) de la rota de los Plantagenet. Reconocen que si los reyes angevinos hubieran continuado gobernando con Inglaterra, la mitad de Francia, los ingleses, más ó menos sacrificados siempre á intereses extranjeros, se habrían visto con dificultades para constituirse en nación, y sobre todo en nación libre. Inglaterra con sus reyes disponiendo de un fuerte poderío continental no habría conquistado nunca la Gran Carta. Felipe Augusto, arrojando á los Plantagenet al mar, sirvió, no menos que al propio, al país enemigo. Las dos nacionalidades vecinas no podían prosperar y engrandecerse, en el sentido de sus destinos verdaderos, más que encerrándose en su propio cuadro natural. Durante todo el decurso de la Edad media los gobiernos de Inglaterra y de Francia desconocieron esta verdad, y el propio Felipe Augusto intentará por una singular reacción de las cosas, anexionar la Inglaterra á su reino y rehacer, en su locura, la obra de los Plantagenet.

CAPÍTULO III

FELIPE AUGUSTO É INOCENCIO III

I. Ingeburga de Dinamarca y la cuestión del divorcio.—II. El rey de Francia y el papa en Alemania.—III. El proyecto de desembarque en Inglaterra y la victoria de Inocencio III.

I.—Ingeburga de Dinamarca y la cuestión del divorcio (2)

En la lucha contra Juan *Sin Tierra*, Felipe Augusto se había encontrado en su camino con la oposición de Inocencio III. Este papa y el rey de Francia debían querellarse más de una vez. Incidentes de la vida privada, cuestiones judiciares, financieras, guerreras ó de alta política, las causas de conflicto eran frecuentes entre los jefes de las naciones y el jefe de la Iglesia universal.

La cuestión del divorcio de Ingeburga de Dinamarca duró veinte años (1193-1213) y estuvo á punto de ocasionar una ruptura entre el rey de Francia y el Papado. El matrimonio para un príncipe como Felipe Augusto no podía ser más que un negocio. Su primera mujer, Isabel de Hainaut, con la que casó para heredar el Artois, murió á los diez y nueve años de edad. Tres años más tarde (1193) volvió á casar con una princesa danesa. Acariciaba entonces la idea de desembarcar en Inglaterra. Los reyes de Dinamarca tenían derechos, más ó menos fundados, sobre este país, y además una flota y buenos marinos á sus órdenes. Felipe pidió la mano de Ingeburga, segunda hermana del rey Canuto IV, una doncella de diez y ocho años, muy linda, muy buena y de conducta irreprochable. Quería que el danés le ayudara contra el Plantagenet. Y negándose Canuto á mezclarse en tal aventura, Felipe le exigió en dote diez mil marcos de plata. Creyó el danés que era pagar un poco

(1) Principalmente Freeman y Green.

(2) FUENTES.—La correspondencia de Inocencio III, en la *Patrologie latine*, de Migne, tomos CCXIV á CCXVII.

OBRA DE CONSULTA.—Davidsohn, *Philipp August II von Frankreich und Ingeborg*, 1888.

caro el honor de emparentarse con un rey de Francia, pero los clérigos que servían entonces de intermediarios entre Francia y Dinamarca le hicieron ver que la alianza con Felipe Augusto le protegería contra la Alemania.

En el verano de 1193, Ingeburga se embarcó para Francia. Felipe salió al encuentro de su prometida hasta Arras y la acogió con alegría. El mismo día (14 de agosto) la condujo á Amiens, donde se celebró el matrimonio. A la mañana siguiente, en la ceremonia del coronamiento, apenas llegó la joven princesa á la presencia de su marido cuando vióse á éste temblar, palidecer y manifestar sentimientos de aversión y de repulsión. Cuando, terminado el Oficio, se retiró, ya se hablaba entre los cortesanos del divorcio. Los contemporáneos explican fácilmente este acontecimiento extraordinario: sugestión diabólica, abominable juego de sortilegio. Los historiadores modernos suponen en Ingeburga fealdades íntimas y vicios secretos, pero todos los testimonios están acordes en alabar la belleza y las virtudes de la infanta danesa. Esta extraña historia permanece misteriosa. En sus cartas á Inocencio III, Felipe Augusto imputa á Ingeburga la responsabilidad del hecho que hacía imposible entre los dos la vida común; á la afirmación de su marido ella opuso siempre una afirmación contraria. ¿Cómo pronunciarse entre ambas declaraciones categóricas?

Lo cierto es que el rey de Francia quiso instantáneamente desembarazarse de Ingeburga, devolviéndola á los daneses que la habían acompañado. Estos se negaron á recogerla; la reina misma declaró no querer seguirles, entendiendo que sostenía su derecho al conservar su rango. Felipe Augusto reunió á sus barones y obispos en Compiègne y obtuvo de la complacencia del clero una sentencia de divorcio, fundada en un parentesco lejano de Ingeburga con Isabel de Hainaut. Cuando se notificó la sentencia á la víctima, como ella desconocía la lengua francesa, dijo estas palabras en español: *Mala Francia, mala Francia. Roma, Roma*. Apelaba del juicio inicuo al tribunal del juez supremo, del defensor de todos los cristianos. Y como se obstinara en no salir de Francia, se la encerró en Beaurepaire, priorato de la abadía de Cisoing, entre Valenciennes y Douai.

El rey Canuto dirigió sus quejas á Roma y el papa Celestino III envió á Felipe carta sobre carta y legado sobre legado. Los parientes y amigos de Ingeburga opusieron una genealogía auténtica á la que habían invocado los obispos reales. Todo inútil: la misma sentencia de la Santa Sede declarando que la sentencia del divorcio era «ilegal, nula y no habida», no produjo otro efecto que hacer entrar en furia á Felipe Augusto. Cuando los embajadores daneses, protegidos de la bula pontificia, penetraron en Francia, el duque de Borgoña por orden del rey les detuvo en Dijón, les arrebató sus cartas y les encerró en Claraval.

Para hacer irrevocable el divorcio, se decidió Felipe á contraer nuevas nupcias. Hizo tentativas matrimoniales en favor de dos princesas de Alemania y de una hija del rey de Sicilia; por tres veces recibió la afrenta de una negativa. El ejemplo de Ingeburga no era tentador ni para las más ambiciosas. Finalmente pudo casar con Inés ó María de Merán, hija de un gran señor bávaro. Entonces la desdichada danesa, cuya intervención, sin

duda, se temía, fué trasladada desde su convento á una fortaleza. Pasado el peligro, Felipe la hizo conducir al monasterio de Fervaques y de allí á un convento de Soissons.

El papa Celestino murió sin haber obtenido la sumisión del rey de Francia. Su sucesor Inocencio III, apenas elegido, dirigió á Felipe una primera advertencia:

«Felipe Augusto á separarse de Inés de Merán, la concubina, la intrusa (*superinducta*), acogiendo nuevamente á Ingeburga, la mujer legítima. En caso de negativa deberían lanzar interdicto sobre el reino, y si el rey se obstinaba, herirles á él y á Inés con excomunión personal.

El interdicto fué efectivamente pronunciado por el



Inocencio III papa, copia de un fresco de Rafael

«La Santa Sede no puede dejar indefensas á mujeres perseguidas. Dios nos ha impuesto el deber de hacer entrar de nuevo en verdadero camino á todo cristiano que comete un pecado mortal y de aplicarle las penas de la disciplina eclesiástica, cuando no quisiera volver á la virtud. La dignidad real no puede estar por encima de los deberes de un cristiano, y por esto nos ha sido vedado establecer distinción alguna entre un príncipe y los demás fieles. Si, contra lo que esperamos, el rey de Francia menosprecia nuestra advertencia, nos veremos obligados, á pesar nuestro, á levantar contra él nuestra mano apostólica. Nada en el mundo será capaz de apartarnos de esta firme resolución de justicia y de derecho.» Y el nuevo papa daba por toda instrucción á sus legados orden de anular la sentencia de divorcio, llamar á juicio á los obispos que la habían dictado y obligar á

legado Pedro de Capua (1198). Pero entonces se vió hasta qué punto era grande el poder del rey sobre su clero. La mayor parte de los obispos reales, el arzobispo de Reims y los obispos de Noyón, Beauvais, Chartres, Orléans, Auxerre, Terouanne, Meaux, Laón y Troyes se negaron á publicar la sentencia. Otras iglesias no cedieron sino mucho después á las instigaciones de Roma. Las órdenes del papa eran discutidas, desaprobadas y aun, en ciertos puntos, abiertamente menospreciadas. Los que se sometieron á ellas tuvieron que habérselas con el rey. Los obispos de París y de Senlis, y multitud de clérigos, fueron maltratados y confiscados sus bienes. El rey aprovechó la ocasión para arrancar fuertes sumas á los señores de la Iglesia que tomaban partido contra él, diezmando sin piedad á sus burgueses y á sus pecheros. En cuanto á la pobre Ingeburga, fué extraída de su